

más arriba del banco donde suele sentarse M. de Lamartine. Es el príncipe, que entrando calladamente por un corredor, ocupa su sitio en uno de los bancos de la izquierda, entre M. Vieillard y M. Havin. Después pide la palabra, sube á la tribuna y lee la alocución siguiente: «Ciudadanos representantes, no me es permitido guardar silencio después de las calumnias de que he sido objeto. Necesito expresar aquí altamente, el primer día en que me es dado sentarme entre vosotros, los verdaderos sentimientos que me animan y me animaron siempre. Al cabo de treinta y tres años de proscripción y destierro, encuentro al fin otra vez mi patria y mis conciudadanos. La República me ha proporcionado esta dicha; reciba la República mi juramento de fidelidad. Largo tiempo hace que no he podido consagrar á Francia más que las meditaciones del destierro y del cautiverio. Hoy tengo abierta ya la carrera por donde avanzáis; recibidme en vuestras filas, queridos colegas, con el sentimiento de afectuosa simpatía que me anima á mí mismo. No debéis dudar que mi conducta se inspirará siempre en el deber, siempre animada por el respeto á la ley; y probará que nadie aquí es más fiel que yo á la defensa del orden y del afianzamiento de la República.» Este breve discurso es acogido favorablemente por la Asamblea.

Una vez diputado, Luis Napoleón se mantiene en la más prudente reserva. Raras veces se presenta en la Cámara; y como la multitud se estaciona delante de la verja para verle pasar, entra por las puertas pequeñas y se sustrae á la curiosidad. Se sienta en la izquierda, pero no vota con esta última ni con la derecha.

Por táctica se abstiene en las ocasiones importantes; habla muy cortésmente con sus colegas acerca de los diversos partidos; pero sin comprometerse jamás y sin salir nunca de las generalidades. Sin embargo, como es atento, como tiene aire humilde, y como se mantiene siempre en una calma de buena sociedad, se granjea amistades con varios de sus vecinos, y oscila hábilmente entre los republicanos y los realistas, cuyas simpatías busca por igual. Sin embargo, si se le observa bien se puede ver que en la sala del Palacio Borbón no está en su elemento, y que para este diputado de lance el mandato legislativo no es más que un escalón.

XXXI

LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL

Hasta su evasión de Ham, Luis Napoleón se había visto acosado por la fatalidad. Todas sus empresas fracasaron siempre de una manera miserable, y hubiérase dicho que llevaba en la frente la señal indeleble de la proscripción y del infortunio. Infamado, burlado, vilipendiado, puesto en ridículo bajo todas las formas, rechazado por su misma familia y excitando un desdén más ofensivo aún que la cólera, parecía condenado para siempre á reveses irremediables. Mas de improviso, como al golpe de una varilla mágica, el mismo personaje llegará á ser, sin saberse por qué, el favorito de la fortuna y á disfrutar de una de las suertes más imprevistas, más extraordinarias y más inusitadas que hayan conducido jamás al pináculo á un político. Todo cuanto hubiera debido perjudicarle le será útil, y aquellos mismos que aparentemente deben ser sus adversarios más peligrosos contribuirán á su triunfo.

El 5 de octubre de 1848, la Asamblea nacional debe resolver sobre el modo de elegir presidente de la República; y si decide que se nombre por aquélla, es indudable que el general Cavaignac obtendrá los sufragios. Parece, pues, que todos los republicanos se pondrán de acuerdo para que prevalezca semejante combinación. Pues bien: sucede todo lo contrario; y el hombre que induce á la Asamblea á elegir el jefe del Estado directamente por sufragio universal, preparando así la caída de la segunda república, es su fundador, M. de Lamartine. «Tengo fe, dice, en la prudencia de un país al que cincuenta años de vida política han modelado para la libertad; pero si esta confianza debiese quedar defraudada, aún sostendré que hay épocas en que es preciso decir como los antiguos: *Alea jacta est*, «¡ya está echada la suerte!» Preciso es dejar alguna cosa para la Providencia, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene.» El poeta profeta termina su discurso fatalista de este modo: «Si el pueblo quiere que se le vuelva á conducir á los campos de la monarquía, si desea abandonar las realidades de la República para correr en pos de un meteoro que le abrasará las manos, dueño es de hacerlo, porque al fin y al cabo, es el rey actual, es su propio soberano y no nos quedará más remedio que decir, como el viejo Catón: *Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni*.» La enmienda de M. Grevy, que propone la supresión de la presidencia de la República, se desecha por 643 votos contra 138, y se adopta por 627 contra 130 el artículo de la Constitución

así concebido: «El presidente de la República será nombrado en escrutinio secreto, por mayoría absoluta de votos, por sufragio universal.»

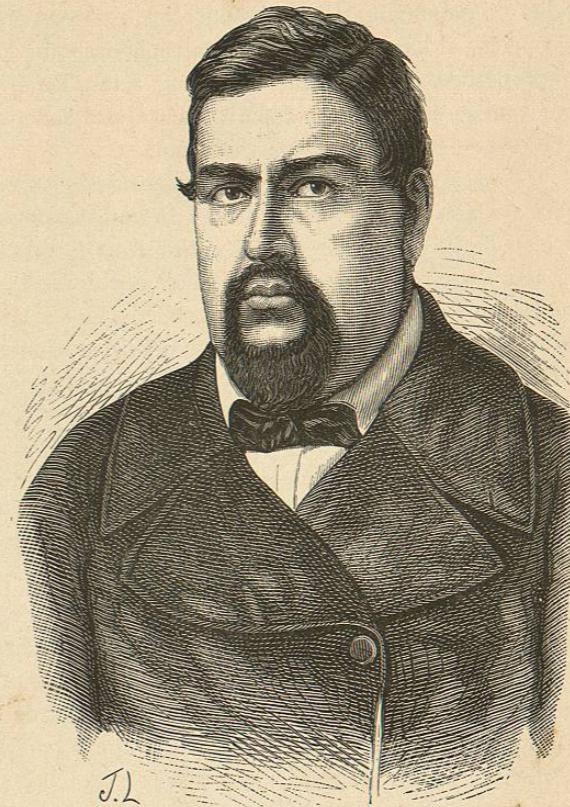
Luis Napoleón acababa de dar un gran paso; pero el terreno parlamentario es movedido, y el príncipe necesita aún mucha reserva y prudencia, pues cualquiera proposición bien presentada á la Asamblea destruiría en germen su águila imperial. El futuro César debe ocultarse hábilmente bajo el disfraz de republicano; por su propio interés debe achicarse, y no triunfará si no adormece las sospechas de los antiguos partidos, persuadiéndoles de que al cabo de cuatro años de poder quedará completamente gastado. El príncipe debe desear que las masas le consideren como un hombre providencial, pero que los *burgraves* (es el sobrenombre que se dió á los principales diputados realistas) le tengan por hombre nulo.

Después de las tentativas de Estrasburgo y de Boulogne, parecía muy natural que Luis Napoleón fuese tratado como un pretendiente. La República ha desterrado á los Borbones de ambas ramas, y sería muy propio que hiciese lo mismo también con los Bonapartes, ó cuando menos contra aquel de ellos que se presenta como heredero del emperador. Aunque no estuviera desterrado, se podría declarar que no puede ser candidato á la magistratura suprema en un país republicano.

El 9 de octubre, M. Antony Thouret defiende una enmienda así concebida: Ningún individuo de las familias que han reinado en Francia podrá ser elegido presidente ó vicepresidente de la República.» M. Lacaze exclama: «El que podría tener pretensiones á la soberanía está ahí. ¡Que se explique! Ha protestado de su fidelidad á la República. ¿Debemos juzgarle culpable de faltar á este solemne compromiso?» Todas las miradas se dirigen entonces hacia el príncipe. «¡Hablad, hablad!» le grita la Asamblea entera. Esta vez no tiene nada preparado, ni discurso alguno que leer, y debe improvisar; mas afortunadamente para él, carece por completo del talento de la oratoria; si pronunciara un magnífico discurso y se le aplaudiera en la tribuna, despertaría las sospechas de sus colegas, y su causa se comprometería gravemente; pero no hace más que balbucear, y apenas le es dado articular estas pocas frases, interrumpidas por varias pausas: «No vengo aquí para hablar contra la enmienda. Ciertamente he obtenido bastante recompensa al recobrar mis derechos de ciudadano, para que pueda tener ahora ninguna otra ambición; pero en nombre de los trescientos mil ciudadanos que me eligieron, vengo á reclamar, y rechazo el título de pretendiente que siempre me echan en cara.» El príncipe baja de la tribuna; monsieur Antony Thouret vuelve á subir á ella, y dice desdeñosamente que después de lo que acaba de ver y oír, retira su enmienda *por juzgarla ya inútil para lo sucesivo*. La asamblea se ríe, y el príncipe, de quien todos se burlan, permanece impasible.

Luis Napoleón no debe temer ya nada; le creen una medianía, y le dejarán llegar á ser presidente de la República.

La lucha electoral comienza: es una de las más curiosas de que la historia ha conservado recuerdo. Francia y toda Europa le dan una importancia extraordinaria. Se concentra en dos competidores: Luis Napoleón y el general Cavaignac; el príncipe tiene cuarenta años y el general cuarenta y seis: con el uno se relaciona el recuerdo de la epopeya imperial; con el otro el de las guerras de



Antony Thouret

Africa, y los bonapartistas honrados no pueden menos de rendir homenaje á un hombre como él. «Por todos conceptos, ha dicho M. Emilio Ollivier, semejante hombre era digno de la magistratura suprema.» Si no tuviera que luchar contra Luis Napoleón, el general sería sin duda vencedor; pero su verdadero rival no es sobrino del emperador, sino el mismo Napoleón I. Cavaignac será vencido por una sombra; el agente todopoderoso de la propaganda electoral es un muerto. *Defunctus adhuc loquitur*. De César vino Augusto; de Napoleón I vendrá Napoleón III.

Al cabo de algunos días, el príncipe tiene todas las cartas en su juego. Los

políticos que aparentemente deberían ser los más opuestos á su candidatura la patrocinan; le apoyan legitimistas como M. Berryer y el conde de Falloux, y antiguos ministros del rey Luis Felipe, como M. Thiers, M. Guizot, M. Molé y el duque de Broglie. Los elementos más heterogéneos, las fuerzas más contrarias, desde los partidarios del derecho divino hasta los socialistas, se coligan en su favor. Su manifiesto electoral no es de aquellos que puedan atemorizar ni desanimar á nadie. «Si me nombraran presidente, dice, me consagraría del todo, sin segunda intención, al afianzamiento de una república sabia por sus leyes, honrada por su propósitos, grande y fuerte por sus actos. Tendría el honroso empeño de legar á mi sucesor, al cabo de cuatro años, este poder asegurado, la libertad intacta y un verdadero progreso conseguido.»

En vano M. Thiers, á quien el príncipe había enseñado su manifiesto antes de publicarle, exclamó: «¿Qué pensáis hacer? Borrada esas frases imprudentes, y guardaos bien de compromisos de esa naturaleza.» Las frases no se suprimieron; y el manifiesto terminaba con este noble pensamiento que por desgracia Luis Napoleón olvidó cuando estuvo en el poder. «La República debe ser generosa y tener fe en su porvenir; por eso yo, que he conocido el destierro y la cautividad, cifro todos mis deseos en llegar al día en que la patria podrá poner término sin peligro á todas las proscripciones, borrando los últimos vestigios de nuestras guerras civiles.»

Muy pronto el éxito de la candidatura del príncipe no fué una duda para nadie. El general Cavaignac disponía de todas las fuerzas gubernamentales; pero su competidor tenía en su favor un nombre que era un talismán. Se había olvidado lo que Francia sufrió bajo el Imperio, para no recordar más que la gloria que le dió. M. Pierre de la Gorce ha dicho en su *Historia de la segunda república*: «Los pueblos son así: cuando los sacrificios que se les piden no han costado nada á la igualdad y tuvieron por recompensa la gloria, acaban por olvidar su precio, y muéstranse dispuestos á ofrecer de nuevo lo mejor de su sangre á los que más abusaron de ellos, así como las vides dan su más generosa substancia á los que las pisan en el lagar.»

Los partidarios del príncipe y los del general Cavaignac se entregaban en París y en provincias, sobre todo en los campos, á polémicas cuya violencia igualaba muchas veces á su mal gusto, siendo cosa corriente tratar al uno de idiota y al otro de asesino. Pero los dos rivales se mostraban personalmente tan correctos y corteses como sus partidarios lo eran poco. Un obrero se presentó al príncipe para entregarle una piedra litográfica en la que se representaba al general como verdugo, inmolando á los vencidos de junio. «¿Cuánto queréis por esa piedra?» le preguntó Luis Napoleón. El obrero fijó el precio; el príncipe pagó, y pidiendo un martillo, hizo pedazos la piedra.

Por su parte, el general Cavaignac, hombre de tan buena sociedad como su rival, no pronunció contra él ni una sola palabra malsonante.

Las Memorias del general conde Fleury, ese leal servidor, ese amigo tan fiel

de Napoleón III, contienen detalles muy curiosos sobre el período de la elección presidencial. El general, entonces jefe de escuadrón de *spahis*, con licencia en París, fué al hotel del Rhin para ver al príncipe, á quien había sido presenta-



Alfonso de Lamartine (copia de un retrato hecho en 1837 por Dupont)

do en Londres en 1837. Luis Napoleón le recibió como un antiguo conocido que no se ha olvidado, y aceptando sus ofertas de servicio, le dijo: «En medio de la multitud que se estaciona en la plaza Vendôme y espera mi salida, pueden hallarse personas mal intencionadas. Informes que recibo de agentes fieles me dicen que corro graves riesgos; y sin dar mucho crédito á estas siniestras predicciones, tengo el deber de preservarme de los peligros que me anuncian. Por